

## Defensa Aérea de una gran ciudad

Por FRANCESCO PRICOLO

General de Armada Aérea, Subsecretario y Jefe de E. M. del Aire

(De "La Vie dell'Aria", Septiembre 1940.)

Actualmente hay que admitir la posibilidad ofensiva y destructora del Ejército del Aire. Los pocos incrédulos han quedado reducidos a una pequeña minoría, que no hay que tener ya en cuenta. El peligro aéreo existe, y es necesario enfrentarse y examinarlo. Y es pueril pensar, como piensan algunos, en suprimirlo, negando la eficacia real del Ejército del Aire, o, lo que es peor, confiando solamente en el riguroso respeto de los Tratados internacionales.

Todas las naciones han previsto desde hace algún tiempo una organización ofensiva del Ejército del Aire, destinada a los bombardeos en gran escala de los puntos más sensibles del territorio enemigo y a romper su organización militar. No están todos de acuerdo sobre el orden de importancia de los objetivos a batir; unos creen que la actividad de la Aviación ha de emplearse sobre todo en retardar la movilización y reunión de los Ejércitos enemigos; otros pretenden que sería más oportuno lanzar su Aviación sobre las bases enemigas; otros, y los más numerosos, afirman incluso que el objetivo principal a alcanzar es la moral de la población. Luego, los bombardeos han de dirigirse especialmente contra los centros civiles más importantes, empleando todos los medios posibles: explosivos, incendiarios o químicos; en una palabra, intentar aniquilar la resistencia enemiga con efectos de terror, atacando los nervios de sus habitantes con continuos bombardeos.

Sé que muchos siguen proclamando que la guerra aérea desarrollada con este método constituye una flagrante violación del derecho de gentes, y que, levantando la indignación del mundo civil, provocará terribles represalias.

Puede que nuevos Acuerdos internacionales traten de impedir la acción de las fuerzas aéreas contra la población civil enemiga; pero nadie podrá asegurar que tales Pactos se respeten y nadie querrá prepararse para una guerra basándose en la piedad del enemigo y el respeto a la Humanidad.

En lugar de confiar en un problemático sentimiento humanitario, es más provechoso prepararse lo mejor posible a recibir los ataques aéreos, bien con un sistema completo de defensa, destinado a aminorar los efectos de las incursiones, o preparando moralmente a las poblaciones para que resistan con energía los bombardeos y se sometan con confianza y disciplina a las órdenes de las autoridades responsables.

A los daños causados por los efectos explosivos de las bombas de gran calibre hasta una tonelada, hay que añadir los de innumerables focos de incendio inextinguibles, provocados por pequeños proyectiles de un peso no superior a un kilogramo, a base de electrón y termita, que pueden diseminarse por decenas de millares simultáneamente en barrios diferentes.

El peligro de gases tóxicos sigue siendo grande, ya que no es tan fácil defenderse de él como quiere hacerse creer.

Para consolar, recuerdan algunos que durante la guerra anterior se bombardeó repetidamente gran número de ciudades, sin gran peligro para sus habitantes y edificios. No dejan de tener razón; pero hay que repetir hasta la saciedad que las cantidades de bombas que pueden arrojarse hoy día son tremendamente superiores. Basta decir que durante todo el período de guerra no lanzaron los austríacos más que 270 toneladas de bombas sobre once ciudades italianas. Hoy día puede arrojarse esta carga en una sola noche sobre una sola ciudad.

En 1925, el Ministro del Aire inglés hacía notar que en la Gran Guerra habían lanzado los alemanes en total sobre las ciudades inglesas 300 toneladas de bombas, y que las fuerzas aéreas del porvenir podrían dejar caer la misma carga en las primeras veinticuatro horas de guerra y conservar este ritmo de ataque casi indefinidamente. Esta es, desgraciadamente, la realidad actual.

Para juzgar los efectos de los bombardeos aéreos no basta pensar únicamente en las destrucciones materiales. Es necesario tener en cuenta las condiciones insostenibles de vida en las que puede encontrarse una gran ciudad expuesta continuamente a las incursiones aéreas.

Bastan algunos aparatos para parar todo movimiento. El enemigo podría permitirse enviar de día y de noche una escuadrilla cada media hora para ahogar y paralizar literalmente toda la vida ciudadana.

¿Es posible que pretendamos que las pacíficas poblaciones de ancianos, mujeres y niños tengan más virtudes guerreras que los combatientes?

Las opiniones se reparten los sistemas de defensa más eficaces.

Los primeros sostienen que el mejor medio es el contraatacar con el Ejército propio, tanto en el aire como sobre las bases del Ejército enemigo, con la intención de conquistar la supremacía aérea y destruir la capacidad ofensiva enemiga por la batalla.

En este momento quedaría anulado todo peligro de incursiones.

Otros sostienen, al contrario, que es muy difícil dominar los aires hasta el punto de impedir las acciones ofensivas, y que el bombardeo de bases y fábricas aeronáuticas no constituye ninguna garantía de detención de la actividad enemiga; pero que un buen sistema de defensa de las localidades más importantes impondría al enemigo pérdidas tan sensibles y podría hacerlas incluso tan peligrosas, que el enemigo llegaría a vacilar.

Entre los dos sistemas, no hay duda en la elección: el único método verdaderamente útil para defender toda la nación, y, en consecuencia, las grandes ciudades, es el poseer un Ejército Aéreo más fuerte que el del enemigo, para poder conseguir rápidamente la ventaja en la lucha aérea y causarle más daños de los que él pueda causar.

Es probable que la lucha por la supremacía aérea no se decida en poco tiempo, y que, en espera de esta decisión, estén las naciones beligerantes sujetas a bombardeos continuos, e incluso después de haber obtenido este resultado, no puede impedirse que la Aviación enemiga efectúe algunas incursiones aéreas ofensivas sobre objetivos determinados.

Es necesario dar a la población la impresión completa y exacta de que se ha hecho todo para preservarla de los ataques enemigos; la defensa pasiva puede servir para dar esta ilusión, pero no puede ilusionar a las autoridades. De día, con un buen número de puestos de vigilancia puede conseguirse, a veces, dar la alarma antes de que lleguen los aparatos y comenzar a tiempo la contraofensiva con aviones, y, menos eficazmente, con artillería. De noche, pueden, por el contrario, hacer los aparatos prácticamente lo que quieran, y puede verse que todos los bombardeos serán nocturnos.

Se ha observado también que durante tres noches consecutivas de ejercicio no ha sido cogido ningún aparato en el haz de luz de 35 proyectores funcionando.

No puede atribuirse esto sino a la gran dificultad de descubrirlos de noche.

“¿Cómo defenderse entonces?”

A mi ver, no hay más que un sistema verdaderamente eficaz: pura y simplemente, la evacuación de la población civil no necesaria a las operaciones militares.

Hay que tener en cuenta que si la evacuación no es obligatoria, lo será de hecho, pues nadie querrá permanecer en el infierno de las incursiones aéreas.

La mejor defensa de la gran ciudad, como la de todo el país, no se obtiene, pues, más que por la acción de un Ejército Aéreo grande y aguerrido.